327.7287
D34m

The person charging this material is responsible for its return to the library from which it was withdrawn on or before the **Latest Date** stamped below.

Theft, mutilation, and underlining of books are reasons for disciplinary action and may result in dismissal from the University.

To renew call Telephone Center, 333-8400

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY AT URBANA-CHAMPAIGN

MAY 17 1982

MAY 14 1982

APR 27 1998

L161—O-1096

377
UNCATALOGED

EL MITO DE LA
INTERVENCION

POR

DIOGENES DE LA ROSA

PANAMA
1927

U. OF ILL. LIB.

EL MITO DE LA
INTERVENCION

POR

DIOGENES DE LA ROSA

PANAMA
1927

DONACION DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL DE PANAMA

327.7287
D34m

Biblioteca Nacional de Panamá

EL MITO DE LA INTERVENCION

I

El grito odioso e irreflexivo.—Por qué escribimos este artículo.—Recuerdo de un proceso.—Nuestra evolución ideológica.

* * *

La súplica odiosa óyese nuevamente. Voces locas reclaman al poder foráneo su ingerencia en la pugna ingloriosa de las facciones. Ya se esperaba ese grito. Es nota obligada en el estruendo de anatemas, deprecaciones y socaliñas que llenan la contienda política. Ese llamado irreflexivo al tutor prepotente lo han pronunciado todos los partidos y todos los políticos del país. Pero la hora es ya de sellar las bocas implorantes. Es el momento de recapitular nuestras experiencias y seguir el sentido que enlaza los hechos actuales. Al margen de cualquier interés de círculo—que

no podemos sentir—aparte la más sutil intención partidarista—ninguna nos roza— apuntaremos varias ideas respecto a esta modalidad de nuestra política: la intervención. No terciaremos en el debate. No hablaremos desde ningún vivac. Nos expresaremos con acento purificado de matiz de partido. Estamos ubicados en un punto donde se pierden los movimientos protoplasmáticos de las colonias de infusorios efímeros. Desde donde sólo se otean los intereses permanentes de la nacionalidad. Miramos hacia el camino doloroso por donde vamos recibiendo heridas que parecen no rasgar la inconsciencia colectiva.

* * *

Doble estímulo nos mueve. Una obligación social para con la República y para con la generación a que pertenecemos: la Nueva Generación Indoamericana. Un imperativo personal: reconocer pasado error, deshecho ya por efecto de convicciones que día a día se afinan y fortalecen. Se recordará posiblemente el suceso que nos colocó bajo la mirada pública. El juicio por *traición a la patria* que sufrimos en los últimos meses de la dominación porrista. Adheríamos entonces a la facción oposicionista. Oposicionismo es en Panamá intervencionismo. Ello es, en nues-

tra incoherente metodología política, un fenómeno consuctudinario. Un hecho constantemente repetido que tiende a generar peligrosísimo derecho. El partido de oposición a Porras buscaba la intervención estadinense. Fuimos acusados criminalmente como responsables por la publicación de un volante escrito en inglés que acordaba con la campaña intervencionista de la Oposición. No hemos olvidado las incidencias de aquel proceso absurdo. La trituradora oficial funcionó. El martillo-pilón del poder público, movido por la fuerza ciega del servilismo, estuvo a punto de aplastarnos. Nos salvaron determinadas circunstancias y la fuerte presión de la opinión nacional que logró aflojar la mordaza y articular su protesta contra la infamia. A la distancia de tres años diremos que nuestra actitud estuvo significada por esa calidad que varios nos reconocen porque nos ha producido algunos sinsabores: la sinceridad. Eramos sinceros al combatir el régimen imperante y suscribiríamos otra vez nuestros artículos de aquella época. Teníamos la certidumbre de nuestras razones. Sólo ha cambiado hoy la interpretación de ciertos hechos. Eramos sinceros al conformarnos a los procedimientos del partido en que militábamos. Hasta donde influíamos—y era bien poco— en los actos de e-

sa facción, nos cabe una responsabilidad moral por nuestra actitud intervencionista. Pero los hechos han arrojado un resplandor sobre las brumas de inexperiencia e impreparación que había en nuestra mente. Estremecíase apenas en el hondo de nuestra conciencia una débil y vacilante fuerza que luego crecería hasta impulsarnos a un centro de acción superior. Marchamos hoy en los rangos de la nueva generación indoamericana. Poseemos una filiación ideológica depurada y definida y una fe en la eficacia de esa filiación. A ella hemos aportado después de un proceso laborioso que nos permite precisar en la dinámica social de nuestros países los factores que producen un presente contrahecho y los que labrarán un porvenir renovado y rectificado. Al calor de esa filiación nos aprontamos a combatir todos los empeños aplicados a reforzar el tutelaje del poder extraño sobre nuestra vida colectiva. Nos oponemos a esa intervención multifaria que nos despersonaliza, que esfuma los perfiles de la fisonomía nacional. Intervención que se resolverá en coloniaje si no operamos un fuerte movimiento de concentración para limitar sus alcances variadísimos.

II

Los partidos políticos y la Intervención.—Dualidad de criterio: en el poder y en la oposición. —La historia se repite.

* * *

Con generalidad que no reconoce excepciones los jefes y partidos políticos del país han sido intervencionistas. Intervencionistas unas veces, anti-intervencionistas otras. La oscilación se cumple en torno al poder público. La facción asentada en el poder es necesariamente adversa a la efectividad de la atribución discrecional o facultativa que el artículo 136 constitucional delega en los Estados Unidos. Los sectores oposicionistas han visto siempre en la mediación norteamericana una fuerte y tentadora posibilidad de triunfo. ¿Por qué? Por varias razones. Todo grupo hostil al gobierno se inclina a exagerar las reacciones defensivas de éste. Todo partido aposentado en el poder ve en las agrupaciones políticas opuestas sólo *perturbadores del orden* que acechan el instante de abocar el país a conflictos que les favorezcan. Algo más grave hay en el fondo. La ineficacia de las fórmulas democráticas y el esceptismo en cuanto a la capacidad política de las multitudes. Y antetodo el concepto de que sobre

nuestra rudimentaria vida política priva la voluntad omnipotente del tutor norteño. Imposible negarlo: vivimos mediatizados. Pero en el criterio vulgar, en el trato cotidiano, en la práctica política este hecho se extiende en derivaciones excesivas, arbitrarias, degradantes. No se piensa que Estados Unidos constituyen una fuerza poderosa indudablemente aunque solo concurrente con otras en el mecanismo político. Créese que es el factor único, decisivo, determinante. No se intenta siquiera limar las asperezas de una realidad hiriente. Para ese criterio nada cuentan las masas populares. Ni tienen validez los sufragios si son antipáticos a los gobernantes estadinenses. Por eso el sólo anuncio de que la Casa Blanca considera indicado supervigilar la función electoral se interpreta como un finiquito al partido de gobierno y como el reconocimiento anticipado de la facción oposicionista. De ahí la dúplice actitud que adoptan respecto al artículo 136 constitucional los mismos grupos y los mismos hombres según disfruten el poder o monten la guardia en el campamento oposicionista.

* * *

No escapa de ese dualismo el jefe de la oposición actual. A lo largo de su pintoresca vida

política ha fluctuado entre ambos extremos. No obstante, se ha esforzado por demostrar una rigurosa consecuencia como anti-intervencionista. Mas el empeño quedó frustrado en aquella célebre polémica que recogió, fragmentariamente, en folleto titulado: "El doctor Porras no ha sido partidario de las intervenciones". Nada vale este aserto. Menos significa el haber recomendado a la Asamblea Nacional la formulación de disposiciones legales que declararan incursos en delitos contra la patria a todos aquellos que gestionaran la intervención yanqui. Su figuración como dirigente en partidos que urgieron o lograron la mediación norteamericana lo responsabiliza como intervencionista. Si su firma gráfica no aparece al calce de ningún documento petitorio de intervención, su rúbrica moral sella los procedimientos de intervencionismo realizados en varias ocasiones por la facción a que pertenece. Pero lo esencial es que no puede soslayar el calificativo ahora cuando desde la oposición aspira nuevamente al poder. El bando oposicionista, encabezado por el viejo político, ha reeditado la historia corriente de todas las oposiciones: es intervencionista. Ejecuta actualmente un despliegue de argumentos que intentan objetivar la necesidad de la intervención norteamericana en las elecciones venideras. Aquí el motivo que nos trae a es-

cribir este artículo. Declaramos que al hacerlo alteramos la pauta que viene rigiendo nuestra conducta. Es que, sinceramente, no podríamos imparcializarnos ante movimientos que enfrontan negro interrogante al porvenir de la República. Y requerimos la pluma para decir nuestro pensamiento lealmente, sin reservas, sin inclinaciones sospechosas. No se busque aquí una intención particularista. Enfocamos la lucha objetivamente. Se nos presenta como un panorama. Pero un panorama palpitante donde los individuos se mueven a impulsos de fuerzas que ellos mismos no pueden determinar. Aunque parezca paradoja, los nombres propios que usemos no tienen sonido personal. Nos valemos de ellos sólo para dar claridad a los conceptos

III

El mito de la intervención.—Toda intervención política es una imposición moral.—La supervigilancia estadinense no evita la corrupción electoral.—Balance pavoroso.

* * *

Muchos mitos privan en nuestra consciencia colectiva que ejercen un influjo dañoso y constante. Nacen desde luego de un conocimiento truncado del proceso histórico. Uno de ellos es

el que atribuye a los Estados Unidos, o a la intervención estadinense en nuestra vida política, una obra de saneamiento moral y de afirmación democrática. Por el contrario, los hechos escrupulosamente estudiados establecen que la influencia norteamericana ha sido y es uno de los disolventes que produjeron el fracaso de la democracia en los países intertropicales. Sabemos que la decadencia de la democracia política es un fenómeno contemporáneo universal. Pero sostenemos que en ciertos países indoamericanos a los defectos propios del sistema se une como agente acelerador de la crisis la acción interventora de los Estados Unidos. Entre esos países encuéntrase Panamá. Comprendemos que nuestro aserto rompe con la convencionalidad del concepto arriba dicho. Debemos en consecuencia demostrarlo. El voto libre y la honradez del escrutinio son los beneficios que según el criterio común asegura la intervención. Ese criterio no concuerda con la realidad.

* * *

El primer efecto de toda intervención es de orden sicológico. Ya dijimos que la aceptación por la Casa Blanca de las demandas intervencionistas se estima como una muestra de disgusto al Gobierno y como un anticipo de reco-

nocimiento diplomático al sector de oposición. Este concepto cuya generalidad es innegable produce en el ánimo popular un efecto coercitivo. De él se deduce con lógica irrebatible que todo voto depositado a favor de la situación imperante es de una inutilidad absoluta. Surge también la aprehensión de que cualquier acto de adhesión al Gobierno es en principio de hostilidad al poder interventor y puede arrastrar a dificultades indeseables cuando menos. Hay entonces un movimiento automático: la adhesión de la masa se polariza—quizás defensivamente—hacia la agrupación que supuesta o efectivamente cuenta con la aquiescencia del mediador. ¿Hay allí libertad de sufragio? ¿No obran las masas y los individuos constreñidos por la fuerza de circunstancias exteriores que anulan su espontaneidad? La intervención es en este sentido una forma de conculcación, una imposición moral. Coarta la libertad espiritual del sufragante. Enrarece el ambiente civil de responsabilidad política. Destruye con su sola acción de presencia todas las circunstancias de índole psicológica necesarias—tanto como las materiales—para que el proceso electoral responda—hasta donde es posible dentro de la democracia política—a la opinión y el querer de las masas electorales. ¿Puede por lo demás testificarse la imparcialidad o la indiferencia

del poder interventor en las disputas que arbitra? La experiencia de países cuya vida es similar o idéntica a la nuestra y en donde los Estados Unidos ejercen esta misma función de policía internacional, responde negativamente. La administración de Magoon en los albores de la república cubana dió a esa nación incipiente lecciones de corrupción administrativa y política que han malogrado toda su vida posterior. Los procedimientos estadinenses en Nicaragua a la caída de Zelaya dieron resultados cuyas últimas manifestaciones acaban de repercutir trágicamente en el corazón del Continente. La supervigilancia de las elecciones panameñas en 1918 concluyó con la constitución de una Asamblea que desmentía el principio de la representación popular. ¡Quién sabe cuántos dolores menos contaría la República si el fallo de Balboa Heights no hubiera trastornado el sentido de aquellos comicios!

* * *

No es cierto tampoco que la supervigilancia norteamericana consiguiera la honradez en la emisión y el recuento de los votos. Las mil habilidades en que es ducha nuestra malicia criolla se pusieron en ejecución bajo las miradas complacientes, indiferentes o malavisadas de los censores norteños. Las elecciones intervenidas fue-

ron manipuladas con todos los escabrosos recursos en que es exuberante nuestra elástica práctica política. Es posible que la historia oficial asevere lo contrario. Ello no importa. La historia oficial casi siempre es la leyenda, rara vez la historia verdadera, la historia íntima de los acontecimientos. En las memorias, en los documentos oficiosos precisa reducir generalmente un porciento de parcialidad y otro de incapacidad visual. Muy tardíamente se recogen allí los testimonios que forman la historia viviente, los que aportan las masas populares en las que se generan y se cumplen los acontecimientos más profundos y significativos. Los hombres de la masa, los que votan, conocen bien todos esos incidentes ahora dispersos, pero que sintetizados desmienten la leyenda dorada de las intervenciones: la de su eficacia.

* * *

Toda intervención deja un balance desfavorable sobre el porvenir de la República. Algo doloroso queda bajo las erupciones de regocijo alcohólico que arrebatan a los adherentes del partido vencedor. Queda un sedimento de amargura y desencanto. Es la hiriente evidencia de la incapacidad para realizar las fórmulas de un sistema político que pretende asegurar los derechos de la soberanía popular. Es la du-

ra convicción de que atravesamos una existencia ficticia que nuestros propios errores hacen cada día más precaria. El criterio de las multitudes, simplista y todo, llega frecuentemente a conclusiones acertadas. La conclusión que los pueblos derivan de esas elecciones realizadas bajo la coacción moral que produce la presencia del mediador, es la de que ellos nada significan en los movimientos de la vida política. Concepto disolvente cuyas resultantes son el desentendimiento de los intereses de la nacionalidad, la desintegración de la personalidad colectiva, de la noción de comunidad. Todos esos estados de abulia social que llevan hacia la pérdida de nuestras características como Nación.

IV

Campaña peligrosa.—Un problema difícil: los jefes de gobierno como hombres de partido.—La delicada situación internacional de la República reclama la solidaridad nacional.—La lección que dan los hechos.—La responsabilidad de los hombres nuevos.

* * *

La verdad es que nunca una campaña pro-intervención ha sido menos explicable ni más peligrosa que la de hoy. Es inexplicable intrínsecamente, en cuanto a los argumentos que adu-

ce y a la oportunidad de su iniciación. Es peligrosa porque ocurre en momentos decisivos para la independencia nacional, cuando gravita sobre nosotros, insoluto, un problema capital: el de nuestras futuras relaciones con Estados Unidos.

* * *

Como todas las oposiciones, la presente acusa al Gobierno de parcialidad política dimanada del empeño de imponer al país un candidato oficial, esto es, extraído de los cuadros del partido dominante. Sus pruebas son también las de todas las oposiciones. Substitución en los puestos públicos de adversarios por sostenedores del Gobierno. Diferencias entre los filiales del oposicionismo y los funcionarios de policía. No vamos a rebatir tales cargos ni a justificar los atropellos que se dicen cometidos. Consideraremos el asunto con vistas a la realidad política. Dentro de la naturaleza humana y la índole del sistema político democrático cabe que todo hombre y todo partido situados en el poder procuren el uno la continuidad de su partido, el otro la continuidad de sus hombres. Quizás sea obra de un impulso que emerge de muy hondo de nuestra organización biológica. Quizás sea una modalidad del instinto primario que tiende a conservar la especie en el individuo

y viceversa. Sólo que el círculo es más reducido y la relación varía. Sea como fuere, es muy natural que todo gobernante y sus partidarios sientan interés en llevar al poder a individuos de su grupo. Lo que importa es pedir que ese interés cese donde los atributos de poder choquen con el interés de las fuerzas que otorgan la representación. ¿Cómo trazar esta línea ideal? He ahí el problema. La dificultad en delimitarla no es ciertamente exclusiva de países como el nuestro, donde existe una centralización constitucional que es en sí misma el origen de una confusión de poderes. El conflicto se presentó recientemente en Estados Unidos. Al presidente Coolidge se le acusó de que intentaba coactar las elecciones para congresistas. El cargo radicaba en el hecho de que Coolidge pronunció, en algún Estado donde su fuerza política es casi decisiva, un discurso que constataba su simpatía por el candidato republicano. ¿Hubo allí coacción? Para los adversarios del presidente, sí. Para los amigos, no. Lo cierto es que se estableció que el gobernante estadinense no había perdido, por la circunstancia de serlo, su sensibilidad ciudadana, su libertad de simpatizarse o de adversar a cualquier candidato. (El jefe de la oposición actual defendió en alguna ocasión la misma tesis). Pero en países de una cultura cívica rudi-

mentaria los adherentes al partido de gobierno van muy lejos en esta confusión de sus funciones con su interés partidista. Nuestras luchas políticas repiten los casos profusa y periódicamente. A la oposición actual no pueden faltarle ejemplos. Si careciera de ellos no sería oposición. Pero con sólo estos datos no se justifica una solicitud de intervención. Precisaría talvez puntualizar de donde arrancan los actos primos cuando ocurren choques entre los oposicionistas y las autoridades inferiores de policía. Convendría deslindar si resultan de condiciones aclimatadas en el ambiente social por largos años de prácticas tortuosas y arraigadas en los individuos por la incultura civil. ¿La intervención norteamericana disolvería estos males? Indudablemente que no. Otro hecho indica lo prematuro de las propagandas intervencionistas. No ha comenzado todavía la expedición de las cédulas de ciudadanía que abre el período propiamente electoral. El sector oposicionista encuéntrase por lo tanto en la incapacidad de adelantar pruebas de que, como en épocas pasadas, las cédulas serán acaparadas. Claro que en este sentido es inadmisible la argumentación por prevenciones o anticipaciones. La práctica en materia intervencionista ha sido la de producir el testimonio sobre el hecho. Y no se podría en asunto de tal gravedad precons-

tituír una prueba sobre una posibilidad. El procedimiento probaría pronto su ineficacia.

* * *

"Pero aún con la perspectiva de unas elecciones restringidas por la acción gubernativa, juzgamos condenables las prédicas intervencionistas. La República está enfrontada a una situación internacional erizada de peligros y presagios amenazadores. Los rozamientos silenciosos pero duros que produce nuestro contacto con Estados Unidos en la Zona del Canal han entrado en el período de resolución. La gravedad del instante llena todos los corazones. Un vigoroso movimiento de opinión nacional logró contener, sin duda provisoriamente, un peligro devorador: el nuevo tratado. Pero el peligro no ha desaparecido. Acecha. El vecino poderoso que convive con nosotros en la entraña de nuestra tierra puede esperar y espera. La táctica dilatoria que practica es formidable. Las demandas que la República formula son vitales en tanto que los puntos estratégicos dominados por aquel son dominantes. La espera, la dilación ilimitadas causan una fuerte tensión capaz de provocar un estallido en la línea de menor resistencia que es la nuestra. La estrategia norteamericana sólo puede contrastarse mediante una concentración moral de todos los paname-

ños en torno a las aspiraciones de justicia que hace tanto tiempo alimentamos. La solidaridad nacional constituye nuestro más fuerte baluarte. En el instante en que nuestro frente presente un punto de flaqueza quedará mecánicamente despedazado. La intervención electoral quebrantaría nuestra posición. Basta mirar hacia atrás para ver que en la trayectoria de nuestras luchas internas, cada período electoral está señalado por pedazos de tierra que, como jalones de dolor y de vergüenza, ofrecen a las generaciones venideras el testimonio de nuestra incapacidad y nuestra irreflexión! Solo se respeta lo respetable, ha dicho Arturo Capdevila. Tenemos el deber de hacernos respetables por lo que más puede respetársenos: la dignidad colectiva. Tengamos como nación esa fina noción que se le exige a cada hombre: el respeto a sí mismo que es el principio del respeto por parte de los demás. Volvamos la mirada hacia afuera. En todo el Continente ha ascendido el concepto respecto a nosotros por la actitud reciente. No decaigamos de esa alta estima que es también un sostén de nuestras demandas. Aprendamos la lección que están escribiendo los hechos. Ha llegado—como dijo Masferrer—la hora del crujir de dientes para los pueblos indoamericanos. El espectáculo de Nicaragua

debe remover la más embrutecida consciencia. La sangre hermana que se derrama al choque con el mediador gotea lúgubremente. ¡Hombres ensordecidos por el rugir de vuestras pasiones: no oís correr esa sangre? ¡Ojos enceguecidos por un furor pequeño: no descifrais la lección? Ella establece dos cosas. Primero, que la ingerencia norteamericana en las controversias políticas internas de los países indoamericanos deja un deficiente sobre la independencia de éstos. Después, que según la doctrina del tutelaje internacional enunciada desde la Casa Blanca, el gobierno norteamericano se siente responsable, solidario casi, de los regímenes reconocidos en los países del Istmo centroamericano, Panamá incluso. Mediten sobre lo último las plumas alocadas que especulan respecto a la posibilidad que tiene el oposicionismo de provocar conflictos que precipiten la intervención. Refrésquese la memoria y se verá que una intervención producida en tales circunstancias inclinaría la balanza política en sentido que no satisfaría mucho las aspiraciones de los que velada o abiertamente se engañan construyendo fantasías bélicas.

* * *

Con impulso cordial, pero sereno hemos es-

crito este largo artículo. Anhelamos influír hasta donde nuestro esfuerzo alcance para evitarle a la Nación emergencias desgraciadas y vergonzosas. Hombres de nuestra época, sabemos que la responsabilidad del futuro gravita principalmente sobre la juventud. En el programa de nuestra generación está la lucha contra todas las fuerzas, contra todos los hechos, contra todas las contingencias que puedan mutilar la independencia de las repúblicas indoamericanas. Propugnamos la independencia nacional para la solidaridad continental. En cumplimiento de ese programa ideal corrimos hace algunos meses de pueblo en pueblo para encauzar la opinión contra un peligro sombrío. Consideramos que el combatir toda tendencia, toda intención, toda propaganda intervencionista es un complemento de aquella campaña. Declaramos en aras a nuestra sinceridad que en esta convicción obra cierto interés y orgullo propio. Interés por nuestra labor y orgullo de ella que sentimos los que estamos agotando esfuerzos juveniles por estructurar una nacionalidad noble. Dolor, cólera talvez, al ver que nuestro esfuerzo se nulifica o se obstruye por los que tienen el ojo puesto en el ombligo de sus propios apetitos. Prestos estamos a contener esa tarea corrosiva. Si fuese necesario, como una fase

de la campaña mencionada, iríamos por todos los rincones del país a decir la verdad cual creemos haberla dicho en las líneas precedentes. Lanzaríamos para despertar las conciencias indiferentes o adormidas un grito que rompería la noche de insensatez en que nos agitamos: ¡no más intervención!

Panamá, julio de 1927.

DIOGENES DE LA ROSA.

<==>

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 039370587